

El Stalinismo

P O R V I N D E X

EL STALINISMO

LA POLITICA SOVIETICA EN LA
SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

POR

VINDEX

EDITORIA GRAPHIS
PRAGA - PARIS
1944

ÍNDICE

	Págs.
Prólogo.	3
I.—De la guerra por el poder a la guerra de religión.	5
II.—¿Qué es el stalinismo?	11
1. ¿Apariencia o realidad?	11
2. Las fases de la política soviética.	17
3. El programa de la expansión.	27
4. Efectos del stalinismo en el interior de la Unión Soviética.	31
III.—Los métodos del imperialismo soviético.	33
IV.—La política de la "mancha de aceite"	44
1. El cambalache con Polonia.	44
2. Josip Broz se convierte en el "Mariscal Tito".	54
3. Comedia satírica en torno a Benesch.	65
4. Avance en el Mediterráneo occidental.	66
5. Wischinski, protector de Badoglio.	76
V.—La tercera guerra mundial y Europa.	80

PROLOGO

La historia de épocas pretéritas constituye un elevado Areópago. Con severo juicio crítico va examinando este magno tribunal todo aquel material que nos informa sobre pasados períodos de la Historia. En torno a los grandes hechos confirmados se acumulan profusamente testimonios, cartas, escritos y discursos. Misión específica de historiador es, además del esclarecimiento riguroso de lo real, exponer en forma conveniente la interdependencia de los móviles profundos de las acciones humanas, de las relaciones entre sus ideas y sus empresas. Pero hasta la relación histórica del pasado ha de tener un carácter meramente subjetivo. De esa pluralidad que integran cuantos se afanan por captar la verdad, resulta aquel Areópago, que sólo como un todo puede alcanzar altura y perspectiva.

En contraste con aquéllos, encuéntrase el historiador de los sucesos contemporáneos en una situación bien distinta. Para quien examina el pasado, no suele ser empresa ardua diferenciar lo esencial de lo accesorio. Para quien enjuicia el presente, esta función ofrece mayores dificultades. El material de que dispone es siempre más rico en contenido que todo el que pueda utilizar quien examine y disertar sobre lo que aconteció. Claro que también es más unilateral, máxime cuando se trata de poner al descubierto las directrices de la evolución de un conglomerado de potencias durante una guerra. La afirmación frecuente de que los prejuicios y la carencia de archivos hacen imposible, en cualquier caso, toda fundamentación de la verdad actual, es menos cierta de lo que parece. El historiador del presente, al pulsar las corrientes de su tiempo, tiene una indudable ventaja sobre el historiador del pasado. Toda interpretación de la Historia sólo es posible cuando está encauzada por un propósito, puesto que sin éste no puede alcanzarse perspectiva. A tal propósito debe sumarse la aspiración lógica de fundamentar la verdad; si no, todo esfuerzo será baldío. Esto es lo que intentamos en el presente libro. Todo hombre que vive en nuestro tiempo tiene conciencia, quiéralo o no, de que el destino futuro de los pueblos europeos o, mejor, de casi todos los pueblos del Universo, está actualmente en juego. Las normas y medidas aplicables a guerras anteriores, adecuadas incluso para la primera guerra mundial, fallan ahora. El sovietismo se ha manifestado como un fenómeno que para ser juzgado en su com-

pleja totalidad requiere el previo análisis de sus objetivos. Fijar claramente éstos es la empresa que acomete el autor del presente volumen. Constituye su aspiración integrar la multiplicidad de los rasgos y fenómenos particulares en una imagen total que se aproxime lo más posible a la verdad. Ciertamente que esta imagen será aquí y allá forzosamente fragmentaria. Pero apenas es posible que en su totalidad naufrague en el error. Lo impide el cúmulo de material que nos ofrece el presente inmediato y que habla un lenguaje en extremo terminante.

No acostumbra el autor, por lo general, a escudarse en el seudónimo; de aquí que su nombre sea suficientemente conocido en Europa. Mas en este libro no se trata de que hable una persona, sino tan sólo la documentación abundante sacada del cúmulo de material que sobre sovietismo nos ofrecen los momentos presentes. A ella sola incumbe actuar y probar. De aquí que haya optado el autor por el nombre que solían asumir en la Antigua Roma los fiadores en juicio de los ciudadanos libres.

VINDEX.

Primavera de 1944.

I

DE LA GUERRA POR EL PODER A LA GUERRA DE RELIGION

En el curso de estos cinco años de guerra, los objetivos de las grandes potencias que llevan el peso capital de la misma han ido modificándose esencialmente. Los puntos de partida iniciales desaparecen ya hoy diluís en el horizonte lejano. Apenas se recuerda ya que el motivo de que estas formidables masas humanas, con sus tanques, aviones, cañones y fusiles, entraran en movimiento, fué si podía permitirse o no que el Pasillo polaco fuera cruzado por una carretera y un ferrocarril alemanes. Ciertamente que éste fué tan sólo el pretexto y no la causa. Pero no sólo se han desplazado los problemas exteriores y visibles, sino quizá, aún en mayor medida, las grandes cuestiones que atañen al fondo del que emerge la voluntad política de las grandes potencias.

Analícemos primeramente cuál ha sido durante la guerra la evolución en Alemania. Demuéstrase aquí con la máxima claridad cómo de los nuevos problemas, nacidos de la propia guerra, han surgido nuevos objetivos. Alemania entró indudablemente en la guerra con el propósito limitado de recobrar definitivamente el territorio de su unidad nacional e histórica, destrozada en parte por hechos históricos ya antiguos, y principalmente como consecuencia del Tratado de Versalles. La Anección, en marzo de 1938, y luego la solución de la cuestión de los Sudetes en Munich no fueron otra cosa —desde un punto de vista histórico— que la superación definitiva del año crítico de 1866, en que aconteciera, bajo Bismarck, la solución primera del problema de Alemania. El establecimiento del Protectorado de Bohemia y Moravia en los años siguientes significó un retorno a la vieja Historia del Reich, vinculada indisolublemente al espacio bohemio. Para la totalización de lo que con expresión discutida, y sin embargo clara y exacta, se denominó espacio vital alemán, faltaba tan sólo la integración de las antiguas regiones pertenecientes en otros tiempos a la Prusia occidental: Danzig y la zona conocida desde 1919 con el nombre de "pasillo polaco". Quiso el Destino que este último problema, cuya solución planteóse finalmente, fuera motivo del actual y terrible cataclismo universal.

Si tras estos cinco años de duras luchas en campos de batalla alejados entre sí por miles de kilómetros, desde Africa al Volga, desde el océano Glacial a las márgenes del Atlántico, reflexionamos sobre aquel pretexto que sirvió para que se produjera esta segunda guerra mundial, comprobaremos que, entretanto, se ha producido en la posición de Alemania, base de la dirección de la guerra, una modificación funda-

mental. Si entonces fué misión y propósito de la política alemana asegurar el espacio histórico vital alemán y poner definitivamente fin a aquel proceso de integración nacional que en Francia culminó bajo Richelieu y en Inglaterra bajo la reina Isabel, ahora ha querido la Historia que sobre la nación alemana recaiga una misión totalmente distinta: la de asumir en Europa el puesto rector en lo militar y en lo político. El punto de partida inicial de Alemania al empezar la guerra, predominantemente nacional, ha rebasado ahora estos límites para transformarse en posición europea y general. Esto ha acontecido forzosamente bajo la presión de la evolución de las fuerzas enemigas. Finalmente, una consecuencia de la guerra con la nación soviética ha sido que el carácter de esta segunda guerra mundial, imperialista en sus comienzos, se haya transformado en una guerra de religión.

La diferencia entre guerra por el poder político y guerra de religión es fundamental. Realizarse las primeras generalmente por la posesión de determinadas ciudades o territorios, como también porque la eterna lucha por la hegemonía, que cual hilo rojo se extiende por toda la Historia de Europa, se manifiesta una vez más. Guerras de este tipo fueron, por ejemplo, las guerras de Luis XIV o la francoalemana de 1870-71. Guerras de religión, por el contrario, no se registran en la historia europea desde hace muchos siglos. Cuando se producen, no es el problema del poder el que entra en juego, sino el de la existencia. Sólo puede hablarse de guerra de religión cuando uno de los beligerantes está decidido, caso de triunfar, a aniquilar totalmente el régimen vital del vencido y a modificar, por tanto, radicalmente sus leyes y normas.

Una guerra en este sentido han llevado a cabo, por ejemplo, las diversas razas sudeslavas, así como los griegos contra los turcos al apuntar la Edad Media. Entonces fueron aquéllas dominadas por la gran fuerza del Islam. En consecuencia, todo su orden social fué destruido. Los pueblos sudeslavos fueron absorbidos por las leyes vitales del Islam, que no sólo determinó durante siglos la evolución política de serbios, rumanos, búlgaros y griegos, sino que incluso penetró en su evolución espiritual. Durante siglos permanecieron parados estos pueblos, vasallos de los turcos. Puede decirse que durante estos siglos carecieron de historia propia. Sólo en algún rincón remoto, en Bulgaria, por ejemplo, en el célebre monasterio de Rila, fueron guardadas las tradiciones nacionales originarias. Canciones, leyendas e idioma fueron durante estos años sin historia, lo único que perduró de estos pueblos hasta su renacimiento en el siglo XIX.

La evolución de esta segunda guerra mundial, de guerra imperialista en guerra de religión, llevó consigo la modificación de la misión que incumbía al pueblo alemán. Fué ésta una modificación de la que los alemanes sólo han tenido conciencia clara en el curso del tiempo. Si la guerra en su momento inicial de 1939 fué una guerra *en* Europa, ahora hace ya tiempo que es una guerra *por* Europa. Ella decidirá si los pueblos europeos sobrevivirán en su multiplicidad y peculiaridad como una familia de pueblos libres, o si estarán condenados, lo mismo que los pueblos balcánicos desde fines del siglo XV, a convertirse en vasallos de un inmenso poder soviético que se extienda del Atlántico al Pacífico. Es este un problema no existente, en su actual gravedad, en el año 1939;

pero que desde hace tiempo obliga a que esta guerra se desarrolle como una guerra de unificación europea.

El papel que en esta contienda desempeña Inglaterra es, por tanto, especialmente equívoco. Con las garantías que en el verano de 1939 dieron al entonces Gobierno polaco, impidieron los ingleses, sistemáticamente, que el conflicto germanopolaco, limitado y local, encontrara entonces una solución pacífica. No hicieron esto, ciertamente, porque sintieran hacia los polacos particular simpatía. Por el contrario, el que Polonia, tras la Conferencia de Munich, en otoño de 1938, planteara inopinadamente exigencias a Checoslovaquia, dió lugar a que el Gobierno polaco, medio año antes de la concesión de dichas garantías, fuera violentamente atacado por el Parlamento y la Prensa británicos. Y, sin embargo, Inglaterra impidió un arreglo germanopolaco porque esto se oponía al principio de la política británica del equilibrio. Ya inmediatamente después de la Conferencia de Munich, los círculos rectores de los conservadores británicos adoptaron la firme resolución de aprovechar el primer pretexto que se ofreciera para enfrentarse con Alemania, que a juicio de los ingleses iba haciéndose demasiado fuerte, y ello con toda energía y hasta sus últimas consecuencias. Con absoluta claridad ha expresado esto el editor de la revista "Nineteenth Century" (septiembre de 1943), con las siguientes frases: "Inglaterra fué a la guerra para mantener el equilibrio entre las potencias; por ésta, y sólo por esta razón. La creencia general de que Alemania inició la guerra para instituir una dominación universal, es falsa. Alemania aspiraba a ser una potencia universal; pero potencia universal no es sinónimo de dominación universal. La paz que seguirá a esta segunda guerra mundial deberá concertarse de modo que restablezca el equilibrio entre las potencias y pueda ser mantenida durante generaciones. Este es el principal objetivo de guerra y de paz de la Gran Bretaña y del Imperio. Todos los demás objetivos son secundarios e inesenciales." Añádese seguidamente que desde este punto de vista es indiferente que una potencia sea nacional-socialista, fascista, comunista o liberal. Con otras palabras: la guerra queda definida como una guerra por el poder, y queda consignado que Inglaterra nunca la ha llevado a cabo, ni podrá llevarla a cabo como guerra de religión. La consecuencia de esta resolución fué, finalmente, Dunkerque: la expulsión de los ingleses del Continente y la ocupación de las costas del Canal por el Ejército alemán después de la derrota de Francia, la aliada de Inglaterra en esta lucha, en defensa, en apariencia, del equilibrio europeo.

En esta primera etapa de la segunda guerra mundial, cuando aun parecía tratarse de una guerra puramente por el poder, fué Inglaterra decisivamente presionada por los Estados Unidos. Aquí había surgido una fuerza en la persona del Presidente Roosevelt, que desde otros puntos de vista, esencialmente distintos, iba adquiriendo influencia en la evolución de la guerra en Europa. Ya entre la Conferencia de Munich y la iniciación de la guerra en septiembre de 1939, había hecho el Presidente norteamericano cuanto le fué posible, mediante una serie de intervenciones en la política interior inglesa, para robustecer el partido belicista británico y para desacreditar a aquellos elementos que parecían comprender que en el mundo, aún agitado por causa de la primera guerra mundial, habrían de irrumpir, caso de que se produjera una segunda

guerra, fuerzas terribles y elementales. En Norteamérica fueron desenterradas aquellas ideologías que ya en la época de Wilson habían desempeñado un papel importante, aunque pasajero, en la política mundial.

Culminaron éstas nuevamente en el conocido tópico norteamericano, usado durante la primera guerra mundial, de que la "democracia" debía ser salvada en el mundo por los Estados Unidos. Simultáneamente veían éstos posibilidades inesperadas que favorecían un propio y formidable desarrollo imperialista. Continentes enteros, como, por ejemplo, África, les parecieron frutos más o menos maduros dispuestos a caer en su regazo. En estos momentos —poco después de producirse la guerra entre Alemania y Rusia— tuvo lugar la primera entrevista entre Roosevelt y Churchill, que motivó la Carta del Atlántico, que debía reflejar el principio ideológico fundamental de la alianza anglonorteamericana.

Basábase el texto de la Carta del Atlántico en la promesa que se dirigía a todos los pueblos de la Tierra, de que gozarían del libre derecho de autodeterminación en el interior y en el exterior. En realidad, la Carta del Atlántico no representó otra cosa que el intento de transformar la guerra que Inglaterra llevaba a cabo contra Alemania por el principio del equilibrio europeo, en una guerra en defensa de los principios generales humanos: en una guerra de religión.

Este intento fracasó y tenía forzosamente que fracasar. Pocas semanas después de hacerse pública la Carta del Atlántico declaraba Churchill en el Parlamento británico que estos principios no podían referirse a la India. Según interpretación inglesa, los indios no pueden, pues, derivar de la Carta del Atlántico ningún género de derechos favorables a su futura independencia. En ciertos círculos norteamericanos, rigurosamente dogmáticos, este primer quebrantamiento de la Carta del Atlántico por el imperialismo británico provocó una violenta irritación. Con ello quedaba demostrado que los principios ideológicos consignados a bordo del navío de guerra "Prince of Wales" no eran otra cosa que un mal enmascaramiento de apetencias imperialistas. A las primeras restricciones británicas de los principios expuestos en la Carta del Atlántico siguieron otras restricciones semejantes por parte de los norteamericanos.

Cuando en noviembre de 1942 tuvo lugar, sin apenas lucha, la ocupación del África del Norte, fué Washington quien se negó a que fuera pagado a los traidores de Argelia y Marruecos el precio convenido en un principio. Roosevelt demostró claramente que no pensaba en el reconocimiento real de la Francia disidente como potencia beligerante con iguales derechos. Aspiraba aquél, indudablemente, a la exclusión de la intervención francesa en una posible ordenación final de Europa y, por tanto, a convertir a Francia en potencia de tercer orden. En los Estados Unidos esta opinión ha sido expresada sin ambages. La revista "Time" del 19 de julio de 1943, al informar en un extenso artículo sobre la política de Roosevelt frente a Francia, decía lo siguiente: "Preferiría Roosevelt que no participara Francia en la elaboración de una paz en Europa... Es decir, no desea la intervención de De Gaulle ni de Giraud. Realmente no desea, como él mismo ha dicho, la existencia de Francia." ("In effect as he himself had said: no France.") Detrás de esto no se oculta, ciertamente, otra cosa que la aspiración norteameri-

cana de asegurarse para siempre el predominio, al menos por vías de una amplia y profunda penetración económica, en las valiosas colonias francesas del norte de África.

Desde este primer acribillamiento de los principios de la Carta del Atlántico hasta su arrumbamiento definitivo, no había ya gran distancia. Inglaterra y Norteamérica vieron de improviso en el papel de aliados de la Unión Soviética. En un principio pareció que tal realidad colmaba una aspiración acariciada por Inglaterra desde hacía un decenio. Una guerra entre Rusia y Alemania constituía desde antiguo el ideal de los conservadores británicos, como manifestó de manera terminante, en el año 1938 y durante un discurso pronunciado en la Chatham-House de Londres, Lord Lothian, Embajador británico en Washington más tarde. De aquí que en un principio se pensara en Londres que el Destino había puesto en sus manos, en forma de ejército soviético, la espada que esgrimir en el Continente contra la potencia europea más fuerte.

Mas al cabo de algún tiempo esta idea sufrió un cambio considerable. Los ejércitos alemanes, que habían llegado al Volga y hasta las estribaciones del Cáucaso, no estaban, a la larga, en situación de mantener el enorme arco formado, cuya extensión territorial era tal, que hacía imposible el sostenimiento, ni aun la formación de un frente coordinado eficaz para la defensa o el ataque a la manera de los constituidos durante la primera guerra mundial.

Alemania utilizó como arma el gigantesco espacio conquistado en 1941 y 1942. Una y otra vez fracasó el propósito ruso de infligir a las armas alemanas un descalabro napoleónico. Un movimiento de despegue, de proporciones nunca vistas, caracterizó esta segunda fase de la lucha germanosoviética. La consecuencia política obligada fué que el peso de la Unión Soviética en relación con el de sus aliados que proseguían la guerra con una intervención mínima, aumentara progresivamente. Ya en el verano de 1943 llegó el momento en que la cuestión, hasta entonces puramente teórica, de la relación entre la Unión Soviética y los aliados de los ingleses y norteamericanos en el Este europeo, adquirió máxima importancia política. El problema del Gobierno exilado polaco saltó a primer término, en toda su gravedad. Inglaterra hubo de reconocer súbitamente que aquellos sencillos cálculos consistentes en restablecer el llamado equilibrio europeo con la ayuda de los Soviets, que debían quebrantar la influencia alemana en Europa y salir ellos de la guerra en extremo debilitados, eran falsos. Con el problema de Polonia, y también con el de la antigua Yugoslavia, fueron por vez primera puestos prácticamente a prueba los principios de la Carta del Atlántico, demostrándose que en el momento en que el problema del poder se planteaba en forma brutal y descarnada, se esfumaban en la nada como el humo y el eco.

Pero no era esto todo. Inglaterra tuvo también que reconocer que en el caso de una derrota alemana asumiría el predominio en Europa otra potencia aún más fuerte. Los problemas que la Unión Soviética planteaba como aliado fueron poco a poco descubriendo su verdadero carácter. Durante la conferencia celebrada por Stalin, Roosevelt y Churchill en Teherán, en diciembre de 1943, se vió ya claramente, por vez primera, que la U. R. S. S. se había convertido, con mucho, en la

potencia política y militar más fuerte del grupo aliado. Si fué la Prensa norteamericana la primera en divulgar triunfalmente, después de recibidas las primeras noticias de la Conferencia de Teherán, que Stalin suscribiría la Carta del Atlántico, pronto hubo de reconocer que no sólo no había tal cosa, sino que, por el contrario, Inglaterra y Norteamérica se veían obligadas a abandonar aquellos principios por los que en apariencia luchaban. Pronto se percibió en Londres y Washington que a causa de la inquietante amenaza que para todo el Continente europeo suponía la penetración soviética, adquiría la guerra, para los pueblos europeos, cada vez más, aquel carácter de guerra de religión a que aludimos anteriormente. Intentó la diplomacia norteamericana e inglesa producir, al menos en algunos países neutrales europeos, la sensación de que tenía más comprensión para esta transformación del carácter de la guerra que se había operado en todos los países europeos, de la que podía exteriorizar. Pero pronto se vió que para las potencias anglosajonas todos los problemas vitales que afectaban a los pueblos europeos y que llevaba consigo la progresión y las aspiraciones soviéticas, ocupaban el último lugar.

Inglaterra y Norteamérica no tenían, en el momento en que la lucha en Europa adquirió el carácter de una guerra de religión, sino dos posibilidades: realizar a tiempo un cambio de frente al reconocer el peligro vital que amenazaba la existencia de todos los pueblos europeos, o bien prestar su apoyo, con sus limitadas fuerzas militares y su diplomacia, a la Unión Soviética que avanzaba hacia el interior del Continente. Que Londres y Washington reconocieran claramente esta alternativa en la época en que en Quebec esperaban, en el verano de 1943, la capitulación italiana, o que intentaran eludir una decisión engañándose ellos mismos con subterfugios, es una cuestión de orden secundario. Sólo cuentan los hechos, y éstos demuestran claramente que allí donde las potencias occidentales aparecen militar o políticamente, ya sea en Europa o en las regiones periféricas europeas, como, por ejemplo, en el norte de África, son ya incapaces de realizar concepciones propias, sirviendo sólo para abrir paso a la política y expansión soviéticas. En una guerra de religión como la actual no se puede tomar a medias partido por uno de los bandos, como pretendieron hacer ingleses y norteamericanos durante algún tiempo frente a los Soviets. Así se precipita uno inopinadamente en el caos que desde hace tiempo ha destruido todas las leyes hasta ahora existentes.

Así surge la cuestión de la esencia de esta política soviética, que aplica todos los medios disponibles para la lucha final por la conquista de Europa. Es propósito de este libro exponer, en forma de apuntes breves, la evolución de la expansión soviética.

Su sistemática, de importancia para todo pueblo europeo libre, sólo puede ser totalmente aclarada si no eludimos seguir, hasta en los menores detalles, la aparición de los Soviets en determinados territorios europeos. El lector podrá percibir cómo la pluralidad de acciones parciales que aparecen de manera profusa y abundante, tanto en el Norte de Europa como en África, el Oriente Próximo, el Atlántico, los Balcanes o el Oriente europeo, constituyen finalmente eslabones de una cadena que conduce directa o indirectamente hasta el Kremlin. La multitud de hechos particulares de los que se ocupa este libro han de ser, pues,

interpretados desde este punto de vista. Sólo cuando se adquiere una visión de esta índole de todo ese material empírico acumulado en los últimos años, podrá, finalmente, llegarse a conclusiones válidas tanto sobre la lucha que realiza Europa por su existencia, como sobre el papel que en ella desempeñan Alemania, Inglaterra y Norteamérica. Sólo una potencia cuyos métodos y objetivos constituyen un enigma impenetrable es capaz de sorpresas en la táctica y estrategia militares y políticas. Pero cuando tanto los objetivos esenciales como la sistemática han sido claramente penetrados, surgen los métodos y la voluntad de resistencia y remedio, como lo demuestran, en el terreno militar, los ejércitos alemanes en esta lucha terrible en el Este lejano, en esta lucha que no sólo plantea al Mando militar y al soldado el problema diario de la vida o la muerte, sino que decide la existencia o derrumbamiento de los pueblos, el de su presente y futuro cultural.

II

¿QUE ES EL STALINISMO?

¿Apariencia o realidad?

En Portugal, Suiza y Suecia se han visto inundadas súbitamente las librerías, en estos últimos años, con nuevas ediciones de las dos obras de León Tolstoi: "La guerra y la paz" y "Ana Karenina". En la Prensa de estos países quedó poco después probado que las nuevas ediciones de ésta, la más importante aportación del pueblo ruso a la literatura universal, había sido gestionada y financiada por agencias simpatizantes con los Soviets. En contraste con esto, relata Willkie, un tanto confuso, en su libro "One World", que encontró el más glacial desvío cuando en un círculo de escritores soviéticos propuso que se organizara cuanto antes en Nueva York una audición de las sinfonías del compositor soviético Schostakowitsch. Quisieron demostrar los escritores soviéticos con su actitud, que lo que a ellos les interesaba era una ayuda militar concreta y no el intercambio cultural y platónico entre la U. R. S. S. y los Estados Unidos. Este hecho y otros semejantes, no menos significativos, nos inducen a suponer que la divulgación de las obras de Tolstoi en los países neutrales no ha obedecido a razones puramente literarias. La resolución de los Soviets de invertir una suma considerable para la difusión de las obras de un escritor no comunista, que parte en ellas de un cristianismo radical en absoluta contradicción con la ideología soviética, ha de responder a razones políticas más profundas.

El bolchevismo, considerado como fenómeno histórico universal, ha producido una honda impresión —negativa o positiva— en todos los pueblos de la Tierra, y muy particularmente entre los sectores intelectuales. Sobre la esencia del bolchevismo se han escrito, durante estos tres decenios transcurridos desde la Revolución rusa, bibliotecas enteras. Y, sin embargo, por razón del hermetismo absoluto en que desde la